

CAMINO DE SANTIAGO

SISTO
TERÁN
NOUGUÉS



Ediciones
Del Camino

Camino de Santiago Primera Peregrinación

Camino de Santiago Primera Peregrinación

Sisto Terán Nougués

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Camino de Santiago. Primera Peregrinación

Terán Nougues, Sisto
Camino de Santiago / Sisto Terán Nougues. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Camino, 2020.

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-4425-29-4

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2020 Sisto Terán Nougues
© 2020 Ediciones del Camino
E-mail: ediciones.delcamino@gmail.com
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-4425-29-4

A mi mujer y mis hijas

EL PEREGRINO

En el último tercio del camino el viajero se detiene a contemplar. Ya no está urgido por el ansia vital que lo empujaba a andar con trancos largos y esforzados, arrastrado por los vientos, despreciando las lluvias y las llagas del verano. Su caminar se ha tornado más cansino. La meta no lo seduce. Los que caminan aprenden caminando. Las piernas saben y no hay prisa por conocer.

A izquierda y derecha de la senda han ido quedando compañeros de ruta, la pérdida de algunos de ellos le resulta inconcebible al Peregrino. Pero el camino apremia y no da tregua. El viajero otea el horizonte y desde esa cima admira la Creación con asombro de niño. Resulta difícil para el Peregrino aceptar que existan caminantes que desprecien o teman al Camino. Al dirigir la vista al firmamento, las nubes y el viento, sumados a la fatiga y a una imaginación febril, dibujan en su mente rostros queridos que hace rato transitan distintos derroteros. Su hálito cálido, traído de otras dimensiones cósmicas, le acaricia el alma. Lo ultramundano, si existe, conforta.

El peregrinaje no se detiene. El mundo sigue girando implacable, las horas se suceden con o sin nuestro consentimiento, al paso de las nubes que, de a intervalos, invitan a un recio sol montañas a colarse entre ellas. Un día empuja al otro, y ese tránsito hunde los pasos en una percepción abismal. Quien viaja lo hace siempre en tiempo presente, acompañado de dos fantasmas: el pasado, que ya nos ha dejado y el futuro, que en vano nos esforzamos en adivinar, como si la adivinanza alcanzara para mutarlo.

La maravillosa incerteza de lo por venir es el acicate con el que suele fantasear el caminante. El mejor paisaje es el

que aún no hemos disfrutado -reflexiona el viajero-, sus primeros pasos aparecen lejanos, empañados por la bruma del tiempo y adulterados por la memoria que suele ser un testigo desmemoriado.

El recordar no es fílmico, no se asemeja a una película continua, se trata más bien de una secuencia tridimensional de diapositivas desordenadas, porque si bien son estáticas, huelen y tienen sabor, como lo atestigua la magdalena de Proust, un viajero de antaño que supo buscar su tiempo perdido entre aromas de cocina.

El viajero detiene un instante el divagar y centra su esfuerzo memorístico en aprehender de nuevo los besos de su madre y la risa desafiante de su padre.

El Peregrino tiene la aptitud de hacer presente lo que pasó y se siente todopoderoso, desafía fugazmente a Cronos, ese malvado que devora impiadoso a sus hijos sin saber que son ellos a quienes debe su existencia, porque es bien sabido que sin mí el tiempo no existe. Soy yo quien existiendo le da vida al Tiempo y a su infatigable transcurrir.

Viene golpeado el Peregrino. La muerte cada tanto se divierte en advertirle su fugacidad y amenaza en tenderle una emboscada en cada recodo. La Parca, ávida de nueva cosecha, hace rondas en torno a otro ser querido. La relación entre el viajero y la Muerte ha sido de desprecio mutuo. No hay odio ni rencores, simple desprecio, ese desdén que sentimos por aquello que no tiene sentido. El Peregrino desprecia a la Muerte porque la considera una falsedad, una impostura que encubre no la Nada, que no existe, precisamente porque el No Ser no puede Ser.

La Muerte desprecia al viajero porque lo ve tan aferrado a su Vida, tan amante de sus respiraciones y tan imbuido en el disfrute de sus propios sentires que no lo entiende. Ella prefiere el miedo, el terror que su nombre inspira. Él la desafía y en pleno rostro le escupe su ansia de seguir viviendo después de muerto.

Sin embargo, el camino no acaba con el Peregrino. Siempre se abren rutas nuevas y lo cósmico lo espera detrás de la frontera aparente de su propia materia.

Y detiene aquí el viajero su vana porfía con la Muerte y el Tiempo porque advierte que debe dejar consigna escrita de su andar. Piensa el Peregrino que debe dar testimonio del Camino, y ayudar a otros a transcurrir sus propios senderos.

Presa del febril ataque de las musas, usualmente esquivas, el viajero saca su cuaderno de apuntes y anota en trazos gruesos un rosario de vocablos engarzados bajo el disfraz de un pensar hecho escritura, y transpira vital al sol de sus montañas mientras tacha, subraya y refuerza con negritas y mayúsculas sus ideas.

Las horas se suceden con su fatal devenir y la noche hace formal acto de presencia sin que el caminante atenúe su febril actividad.

El Peregrino, entonces, se queda dormido en el límite indeciso del alba.

EL CAMINO

El tren los zarandeaba y adormecía. El camarote era muy estrecho y yo estaba acostado en la litera inferior de una cucheta con las piernas ligeramente encogidas mientras escuchaba las respiraciones apacibles de mis compañeros de viaje.

Arriba dormía mi mujer y en la cucheta enfrentada a la nuestra hacían lo propio mi mejor amigo y la suya. El tren nos llevaba desde Madrid a Sarria, allí iniciábamos nuestro peregrinaje.

Ni siquiera el cansancio del jet-lag provocado por el largo viaje desde Buenos Aires había conseguido dormirme. Mi mente circulaba a toda velocidad por derroteros inverosímiles y contradictorios. Los pensamientos se sucedían frenéticos sin orden alguno. Haciendo un esfuerzo de concentración comencé a ordenar mis ideas.

Unos amigos españoles, oriundos de Santander, nos habían hablado con entusiasmo de la famosa peregrinación a Santiago de Compostela. Con la curiosidad infatigable que me caracteriza comencé a leer decenas de libros e incluso a ver películas que narraban el encanto de esta remozada tradición dos veces milenaria.

Supe así que la vieja peregrinación a Finisterre de los tiempos romanos había sido remozada por el cristianismo y, lenta pero inexorablemente, sobre la base de una mezcla única de tradiciones, folklore, leyendas, supersticiones y creencias, se había cimentado la magia del Camino más famoso de la cristiandad.

En los últimos años el trayecto se había revitalizado y centenares de miles de personas se lanzaban a caminar desde todos los senderos hacia Compostela. Anónimos y

famosos, jóvenes y viejos se aventuraban buscando respuestas a sus propios interrogantes. Poco antes de partir invitamos a mi mejor amigo que había enviudado años atrás, y a su nueva mujer, a acompañarnos.

Y ahí estábamos, en mayo del 2015, en el camarote de un tren con destino a Sarria. De a poco el sueño me fue envolviendo en sus brazos y lo real y lo irreal se conjugaron en esa parodia del morir que es el dormir.

La brusca detención del tren me despertó sobresaltado. Habíamos llegado.

Era muy temprano, y el alba parecía haber retrasado ligeramente su llegada, producto quizás de una ligera bruma que se había apoderado del entorno. Una pequeña estación con el clásico letrero: Sarria. Un vacío pleno de ausencias. Fuimos los únicos en descender, y caminamos el andén como quien retorna a la desprotección del infante. Una muda de ropa en nuestras mochilas era suficiente para la larga caminata por las tierras de Galicia. Procuramos la credencial del Peregrino, y muy temprano iniciamos nuestra caminata.

Se dice que el Camino a Santiago es un viaje interior, un surcar los caminos íntimos de nuestra alma, y aquellos días que conservo amorosamente en la memoria se mostraron prodigios en eventos espirituales que me condujeron a una profunda introspección personal que he querido narrar en estas líneas donde lo ficcional y lo real se mezclan casi sin respetar cronologías ni geografías.

Mi Camino a Santiago fue un andar colmado de preguntas con respuestas a medias y entrelazado caprichosamente por largas charlas con el Escriba, mi otro yo inmaterial, que conoce de mi ser más que yo mismo y que tiene la buena costumbre de aparecer periódicamente en mi vida para obligarme a reencontrarme con mi esencia.

Llovía. Produce vértigo estar envuelto en la espesa niebla gallega, más aun cuando tocaba chapotear por senderos lindantes a precipicios.

Así comenzó el viaje, así nació el libro, con el vano afán de dejar testimonio indeleble de mis pasos.

EL ESCRIBA

Soy una construcción fantasiosa de la mente que me ha creado, y sin embargo me siento poderosamente existente en mi invisibilidad. Condenado a observar los hechos y narrarlos, miro a la distancia vidas ajenas y las escribo.

Debo sin dudas ser el Otro Yo del Hombre que Camina, pero ser dos nos permite conversar e indagarnos. El tiempo que a Él le insume el Vivir, me es otorgado a mí para observarlo con desapasionada frialdad. Aunque seamos el mismo, somos diferentes.

Estoy presente en cada recodo de su vida sin que él advierta mi presencia, y fue por eso para mí algo muy extraño verle dormir fatigado en un alto del camino entre papeles escritos apresuradamente y de los que me apropié sin pudor alguno... al fin y al cabo soy el encargado de pasar en limpio sus vivencias.

El Peregrino ya había pasado la frontera de los cincuenta y cinco años que habíamos compartido el uno y el otro andando por andariveles diferentes.

Yo sabía de su existencia, él naturalmente ignoraba la mía.

Juntos fuimos infantes, adolescentes, adultos y ya iniciábamos la pendiente que conduce a la vejez y a la muerte.

Y así estaba escrito había de transcurrir el existir mutuo, pero algo más importante que nosotros, la fantasía y la magia de un Camino espiritual forzó un encuentro destinado a hacerse libro escrito a borbotones.

Tenía en mis manos sus escritos que hablaban torpemente de su existir signado por el trazo fuerte del Amor. Amor primero a sus padres, especialmente a su Padre

cuya vida quiso hacer Legado. Devino luego en Amor apasionado a su Mujer que completó la Cuadratura de su Círculo y sin la cual sería Vacío. Finalmente, el Amor se hizo sublime al fructificar en sus Hijas, cuyas vidas lo aproximan a lo Inmortal.

Una lágrima había posado su humedad como un beso en el papel justo sobre las letras que al unirse formaban el nombre de la mujer amada.

Yo, que le conozco más que nadie, por ser aquel que en esencia es, despojado de sus vestiduras carnales, no pude impedir emocionarme al verle dormido, derrotado transitoriamente por la fatiga, pero empeñado en comprender los misterios del Universo sin dejar ni un instante de ser feliz.

Y sucedió un Milagro. Compostela hizo posible lo imposible. En ese viaje nos vimos y pudimos conversar. Galicia y sus caminos nos encontraron juntos, extrañamente unidos al conjuro de la magia de una senda que por milenios ha sabido cobijar las fantasías más hermosas.

He aquí lo que nos fue sucediendo.

EL PEREGRINO

La Primera Muerte

Estábamos chapoteando los caminos bajo una lluvia intensa. La niebla, poco a poco fue disipándose. Descansamos en un recodo que ofrecía el trayecto y me quedé como en un ensueño, entonces me pregunté: ¿quién soy?, ¿dónde estoy?, ¿qué hora es? Vuelvo del sueño, un extraño anticipo del morir y mis sentidos emprenden la cotidiana tarea de ubicarme.

Abrí los ojos y observé a alguien que se me asemejaba. Fijé mi mirada en ese otro y una fiereza incomprensible parecía definir sus facciones.

El otro rió, y su risa pareció provenir de mi cuerpo.

Con voz ronca lo interrogué: ¿Quién sos?

Asombrado levantó sus cejas y me contestó con una voz que me recordó la mía.

—Soy el Escriba, se supone que no puedes verme ni oírme, soy tu sombra sigilosa, el eco lejano de tu alma sin cuerpo.

Mientras hablaba observé que en sus manos tenía aferrado un puñado de papeles que yo había escrito.

—¿Qué querés de mí? —pregunté con algo de recelo.

—Contar tu vida. Eres el Peregrino, eres Hombre y como tal, tu objetivo es el Camino. Vive, no escribas, deja esta tarea menor para mí, tu otro Yo está condenado a escribirte.

La conversación era surrealista y para percatarme de su realidad concreta miré a mi alrededor. Estaba sentado en la misma piedra de aquella senda gallega en la que me había detenido a descansar. Cabía pensar entonces que la magia del Camino había procurado este encuentro tan inusual.

Preso de una extraña euforia decidí aprovechar la oportunidad.

Me levanté y mostrándole los papeles, le dije:

—Leámoslo juntos, mejor aún, conversémoslo en compañía. ¿Entendés la diferencia? La palabra escrita es dura, pétrea y, al decir romano, no vuela. En cambio la oralidad es compañera de la confianza, amiga de lo fugaz, se dice y se desdice al conjuro del tiempo. Lo escrito duele y es perenne —Yo sabía que no podría impedir ser escrito y solo buscaba un pretexto para usar al Escriba de escucha y espejo de mis dichos.

Ya no sabía quién usaba a quién. Pero estaba dispuesto a jugar según sus reglas.

—Este es mi Camino, mi peregrinaje dibujado en letras de molde —dije señalando mis escritos.

—Veo que te gusta la filosofía —me dijo—. Para qué indagar el qué y el porqué de las cosas.

Soy Filósofo porque soy hombre. No me importa si es útil filosofar, aunque no puedo evitarlo, le contesté.

No lo sé, pero tengo que intentar saberlo. Soy un eterno buscador de respuestas a las preguntas esenciales.

—¿Y dónde pretendés encontrar las respuestas? —dijo el Escriba.

—En el camino.

—Retomemos tu Diario. ¿Dónde sitúas tu comienzo?

—atinó a preguntar.

—Leé —respondí, ofreciéndole un puñado de hojas cuyo encabezado rezaba:

“Mi Primera Muerte”.

La consciencia, ese primer atisbo del ser, puedo remontarla alrededor de mis primeros tres años. Antes de ello fui seguramente, pero no lo recuerdo. Esa parte de mi vida no está almacenada en mi memoria, o debe estarlo allá en lo recóndito, en ese lugar inaccesible donde depositamos los trozos de un pasado cuyo recuerdo no resulta imprescindible.

No recuerdo, y sin embargo caminaba. Mejor dicho, era conducido por el Camino. En los inicios de mi andar no podía valerme por mí mismo. Para todo requería asistencia. Nada me era posible lograr sin auxilio externo.

Mi yo era un inútil envoltorio que pedía y lloraba como todo lactante, sin el cual estaba condenado a muerte.

Ya sin el atávico instinto de supervivencia y la omnipresente figura de mi madre, ese ser en el que fui durante mi primera Vida tuve que desdeñarlo en el horizonte de mi Primera Muerte, pues sencillamente, sin ella nunca hubiera sido.

Un día, me aparecí a mí mismo en el medio del camino. El sendero era ancho, enorme y estaba lleno de gente. A izquierda y a derecha, arriba y abajo, adelante y atrás, por todos lados había gente. Muchos andaban, algunos corrían, otros parecían descansar, y todos transitaban por sendas diferentes que, ocasionalmente, se entrecruzaban para luego volver a bifurcarse.

¿Por qué estaba en esa planicie verde y surcada por manantiales de agua cristalina, al mismo tiempo que veía cómo otros pobres diablos desollaban sus manos escalando rocas cortantes y puntiagudas? No lo sabía, habría de averiguarlo algún día.

Todos y cada uno de mis sentidos sensoriales y espirituales trabajaban para tomar un registro acabado de las maravillas de mi entorno y, al mismo tiempo, preparaba mi armadura espiritual; una mochila que llevaba para enfrentar las contingencias de mi tránsito vital, y que gracias a ella preservaba la brutal consciencia de estar vivo.

Ese instante mágico tenía la dicha de percibirlo, y habiendo tomado consciencia, estaba decidido a no abandonarlo. Entonces supe que Yo era algo distinto, único, irrepetible. Ni mejor ni peor, simplemente diferente, sencillamente Yo.

Ese canto sublime al Ego que es el despertar de la consciencia de nuestro propio Ser, se apoderó de inmediato

de mí, y mi primera visión del Mundo fue a través de la subjetividad inmensa de mi propia individualidad que, una vez adquirida, pugnaba por afianzarse.

MI PADRE

Embebido en la euforia del Ser no advertí que caminaba tomado de la mano.

Un hombre, que desde entonces consideré un Gigante envuelto en un cuerpo pequeño, iba a mi lado. Era más bien menudo, pero marchaba erguido, sacando pecho, respirando a pulmón lleno y sonreía mientras el sol le daba de pleno en el rostro que no se molestaba en cubrir. Sus ojos parecían inmunes al resplandor.

Me descubrí hablándole. Él contestaba con monosílabos y sus respuestas parecían repreguntas a mis preguntas.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Viviendo —respondió.

—¿Por qué caminamos?

—Porque vivir es peregrinar.

—¿Y hacia dónde caminamos?

—No importa, lo importante es caminar.

—Pero andar sin saber adónde vamos es absurdo

—dije.

El hombre detuvo su marcha, me miró con ternura y pronunció entre dientes: “Vamos en busca de la muerte, hijo mío”.

Quedé impresionado. No sabía qué significaba ser hijo. Hasta ese preciso momento era una palabra asociada a la femineidad. Era hijo porque tenía una madre. Ella era caricia, sobreprotección, sensibilidad a flor de piel, impulso, calor interno.

Mi madre fue intuida, aún en la inconsciencia. Me supe hijo sin saber todavía que era individuo. Omnipresente lo materno fue único.

En ese horizonte vital recién vislumbrado aparecía ahora la figura del padre. Mucho, pero mucho tiempo después, supe que lo que poseía en aquel momento no era inherente a la condición humana. No todos tenían madre y padre que te amaran. Eso solo ya era señal de distinción, de regalo inmerecido que no todos apreciamos debidamente.

Entonces pregunté, abrazado y conmovido por la ternura de ese hombre: “¿Papá, no hay otro camino, uno que no conduzca a la Muerte?”.

—No hijo, no. Todos los caminos van a parar a la mar que es el morir. Pero te voy a contar un secreto que algún día se lo contarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos.

Nada hay más fascinante para un niño que ser propietario de un secreto.

—LA META NO IMPORTA. LO IMPORTANTE ES EL CAMINO. La pobre gente, esos que desde aquí vemos por todos lados, van de un lado para el otro, tropezando, lastimándose, sufriendo. Buscan afanosamente llegar a algún lado, sin entender que el verdadero milagro de la vida consiste en peregrinar disfrutando cada recodo del Camino. La Meta, la Muerte están en el acantilado final, en ese Finisterre imaginario donde todo se termina o todo vuelve a empezar, pero de otra manera.

Mi mente de niño no entendía del todo los derroteros de los dichos de mi padre, pero retuvo lo esencial. LO IMPORTANTE ES EL CAMINO. Ese es nuestro secreto. Andar, caminar, peregrinar, en eso consiste el vivir. Quien vive camina, y si vive sin andar pues sencillamente está muerto en vida.

Retomamos el peregrinaje y en mi cabeza pugnan mil preguntas que se atropellan entre sí en su afán de hacerse palabras.

—Father —dije, hablándole en idioma ajeno que usaba para darme presunciones de erudito— ¿qué es la muerte?

Pareció restarle importancia a mi pregunta. Se encogió de hombros y compartimos el silencio. Se detuvo bajo la